eso no es verdad; abrid su historia, y hacedles callar. Os dirán que lo que nos falta son buenos historiadores; pero preguntadles ¿por que? Esto tampoco es verdad: dad materia para formar buenas historias, y se hallarán los buenos historiadores. En fin, dirán que los hombres en todos tiempos se parecen, que tienen las mismas virtudes, los mismos vicios; que no se admira á los antiguos sino porque son antiguos: tampoco esto es verdad, porque antiguamente se hacian grandes cosas con pequeños medios, y en el dia se hace todo lo contrario. Los antiguos eran contemporáneos de sus historiadores, y nos han enseñado empero á admirarlos. Seguramente que si la posteridad admira á los nuestros, no lo habrá aprendido de nosotros.

Los antiguos historiadores estan llenos de miras de que podria hacerse uso, aun cuando los hechos que las presentan fuesen falsos; pero no sabemos sacar ningun partido de la historia: todo lo absorve la crítica de erudicion, como si importase mucho que un hecho fuese verdadero, con tal que se pudiese sacar de él una instruccion útil. Los hombres sensatos deben mirar la historia

como un tejido de fábulas cuya moral es muy apropiada al corazon humano.

NOVELAS.

En las grandes ciudades se necesitan espectáculos, en los pueblos corrompidos novelas.

Estas son quizá la última instruccion que queda por dar á un pueblo bastante depravado, para que toda otra le sea inútil. Seria pues muy á propósito que la composicion de esta especie de libros no se fiase sino á gentes honradas pero sensibles, cuyo corazon se pintase en sus escritos, y á autores que no fuesen superiores á las flaquezas de la humanidad, que no mostrasen de un golpe la virtud en el Cielo, fuera del alcance de los hombres, sino que se la hiciesen amar pintandola desde luego menos austera, y despues, desde el seno del vicio les supiesen conducir á ella insensiblemente.

Oimos quejarse de que las novelas trastornan las cabezas; yo lo creo muy bien: mostrando á los que las leen los pretendidos encantos de un estado que no es el suyo, les

seducen, les hacen tomar este con disgusto, y hacer de él un cambio imaginario por aquel que se les hace amar: queriendo uno ser lo que no puede, llega á ser otra cosa de lo que es; y he aquí como llega uno á ser loco. Si las novelas no ofreciesen á sus lectores sino pinturas de objetos que les rodean, deberes que pueden llenar, placeres de su condicion, no los harian locos, los harian sabios porque les instruirian interesandoles; y destruyendo las máximas falsas y despreciables de las grandes sociedades, les aficionarian, les adheririan á su estado. Pero una novela con estas cualidades, si está bien hecha, ó á lo menos si es útil, debe ser silbada, aborrecida, desacreditada por las gentes de moda, como un libro muy trivial, desagradable, estravagante y ridículo; y he aquí como la locura del mundo es sabiduría.

Se leen muchas mas novelas en las provincias que en Paris, y mas en las aldeas que en las ciudades, y allí hacen mucha impresion. Pero estos libros que podrian servir á un mismo tiempo de diversion, de instruccion y de consuelo al aldeano, solamente desgraciado porque cree serlo, no parecen hechos, por el contrario, sino para disgus-

tarle de su estado, estendiendo y fortificando la preocupacion que se le hace despreciable: las gentes del gran tono, las mugeres de moda, los grandes y los militares, he aquí los actores de todas las novelas. La demasiada delicadeza de gusto de las ciudades, las máximas de la Corte, el aparato del lujo, la moral epicuriana, he aquí las lecciones que predican, y los preceptos que dan. El colorido de las falsas virtudes empaña el brillo de las verdaderas; el artificio de las contiendas se halla sustituido á los deberes reales; los bellos discursos hacen despreciar las bellas acciones, y la simplicidad de las buenas costumbres pasa por grosería. ¿Que efecto producirán semejantes pinturas en un caballero de aldea, que vé burlarse de la franqueza con que recibe á sus huéspedes, y tratar de fiesta brutal la alegría que hace reinar en su pueblo? ¿de su muger, que oye que los cuidados de una madre de familia no son dignos de las señoras de su rango? ¿de su hija, á quien los modales afectados y el lenguage de la ciudad hacen despreciar al honrado y rústico vecino con quien se hubiera casado? Todos de concierto, no queriendo ya ser unos simples aldeanos, se dis-

gustan de su lugar, abandonan su viejo castillo, que muy luego es un edificio ruinoso, y van á la capital, en donde el padre con su cruz de San Luis, de señor que ántes era, se hace criado, ó tramposo y petardista: la madre establece una mesa de juego; la hija atrae á los jugadores, y muchas veces todos tres mueren de miseria y deshonrados.

VIAGES.

No se abre un libro de viages en el que no se hallen descripciones de caracteres y de costumbres; pero causa estrañeza ver en él que esas gentes que tantas cosas han descrito nada mas han dicho que lo que ya cada uno sabia; y que no han sabido percibir al otro estremo del mundo sino lo que no hubiera dependido mas que de ellos mismos el notar sin salir de su misma calle; y que estos rasgos verdaderos que distinguen á las naciones, que hieren los ojos hechos para ver, se han escapado casi siempre á los suyos. De aquí ha venido aquel bello adagio de moral, tan rebatido por toda la turba filosófica, de que los hombres son los mismos

por todas partes: que teniendo por todas partes los mismos vicios y las mismas pasiones, es bien inútil tratar de caracterizar á los diferentes pueblos; lo que es razonar casi tan bien como si se dijese que no se podria distinguir á Pedro de Juan, porque ámbos tienen una nariz, una boca y unos ojos.

¿No se verá jamas renacer aquellos tiempos felices en que los pueblos no se metian á filosofar, pero en los que los Platones, los Tales y los Pitagoras, arrebatados de un deseo ardiente de saber, emprendian los mayores viages únicamente para instruirse, é iban lejos á sacudir el yugo de las preocupaciones nacionales, á aprender á conocer á los hombres por sus semejanzas y por sus diferencias, y á adquirir aquellos conocimientos universales que no son de un siglo ó pais esclusivamente, sino que siendo de todos los tiempos y de todos los lugares, son, por decirlo asi, la ciencia comun de los sabios?

Se admira la magnificencia de algunos curiosos que han hecho, á fuerza de grandes gastos, viages al Oriente con sabios y pintores para dibujar allí unas medidas, y descifrar y copiar inscripciones; pero me cuesta trabajo